

LA MANCHA DE SANGRE,
NA326842
CP17562 Drama

EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

Traducido
del francés al castellano,

POR

D. E. Gutiérrez.



MADRID:
LIBRERIA DE LA VIUDA RAZOLA.
1840.

BARCELONA: LIBRERIA DE SAURI,
Calle Ancha.

Personas.

Actores.

EL DUQUE DE ESTEIN.	SR. TORMÓ.
VICTOR SIRVALL, su sobrino. .	SR. ALCARAZ.
ARTUR VIMAR, jóven abogado. .	SR. IBÁÑEZ.
DELAUNAY, usurero.	SR. VALERO.
EL DOCTOR MORAND.	SR. LOPEZ.
JOSE, ayuda de cámara.	SR. FREIXAS.
MARIA, hija del Duque.	SRA. TORAL.
UNA CAMARERA.	SRA. MONTESINOS.
UN PORTERO.	

La escena en Paris año 1831. A las diez de la noche.

ACTO PRIMERO.

Casa del Duque: sala rica, con su entrada en el fondo, dos puertas laterales, la una para ir á la habitacion del Duque, la otra á una sala de baile. Van llegando convidados.

ESCENA PRIMERA.

El Duque y Victor, José á la puerta del fondo anunciando.

José. El Señor Doctor Morand.

Duq. Adelante, amigo mio. (Saliendo á recibirle.)

Vic. Mas buen amigo que profeta.

Doc. ¡Como!

Vic. Dígolo con referencia á mi tio. Ayer, al dejarnos, nos anunciasteis gravemente con vuestra ciencia en la medicina, que la indisposicion de mi prima Maria, daria motivo á retardar la escritura de contrato que debia verificarce, y se hará hoy durante el baile.

Doc. Es una dicha el que me hubiese equivocado. No me acuerdo de haber visto una fiesta mas brillante.

Duq. Si: ¿no es verdad? La Chaussée d'An-

sin, el arrabal de San German, los banqueros, los corredores, la nobleza del dia, y la de otros tiempos.... es indispensable que lo pasado y lo que está por venir se entienda de una vez. Pero ¿qué teneis, querido Doctor?

Vic. Efectivamente, la sugencion, el embarazo.... será efecto de la contrariedad de sus siniestras predicciones.

Doc. ¡Oh! Yo no ensalzo tanto el fanatismo de mi arte: y la antigua amistad, con que el Sr. Duque de Estein quiere honrarme, me es muy apreciable para que no la prefiera á cuanto hay de mas caro para él; y en cualquier tiempo, y por todas partes que logre hacer la felicidad de su hijo, creedme que no seré el último en ofrecerle mis servicios.

Vic. Me impacienta la tardanza del notario, que se hace aguardar, seguramente mas de lo justo.

Duq. Son ya cerca de las diez. (*Mirando el reloj.*)

Vic. Cuando me parecen siglos los instantes que tardo en ser esposo de Maria! Reparad, Doctor, (*indicando la sala de baile*). Mirad aquella gracia, aquel aire suelto que la distingue entre la muchedumbre que la rodea.

Doc. Decis muy bien; pero tambien advierto en su rostro una especie de melancolía que no es fácil definir. Alguna pesadumbre interior la agita. Aquella palidez algo significa seguramente.

Vic. Confusion, que sienta muy bien en se-

Por favor con orgullo y

mejantes circunstancias. Y eso os causa extrañeza, señor Doctor? ¿No creeis tan firmemente en las afecciones morales?...

Doc. No hay duda.... con todo.... (*Jose*, que se habia ido durante esta escena, vuelve á entrar, y da una esquela al Duque.)

Daq. ¡De Arturo! (Despues de haberla abierto.)

Vic. ¡Ah! Del señor Arturo!

ESCENA II.

DUQUE, VICTOR, JOSÉ y el DOCTOR.

Duq. ¿Quien te dió esta carta?

José. El mismo señor Arturo. Ya van tres veces con esta desde ayer que viene á casa.

Duq. ¿Y qué te dijo?

José. Nada, señor Duque, pero noté que estaba tan....

Duq. Bien, vete. (*Jose* se va poco á poco.) Con vuestro permiso, Doctor. (*El Doctor* hace un saludo al Duque y se entra en el baile. *José* desde el fondo vuelve á la escena.)

José. Perdonad, señor Duque.... ¿Y si vuelve?

Duq. Introdúcele. (Despues de haberlo pensado.)

José. Bien, Señor. (*Vase.*)

ESCENA III.

El Duque y Victor.

Vic. ¡ Vais á recibirle ! No es esto , querido tio , lo que me prometisteis.

Duq. Yo me entiendo.

Vic. En fin....

Duq. Eres un loco en sobresaltarte de este modo. ¿ Puedes figurarte acaso que la noble heredera del Duque de Estein , haya podido escitar jamas el amor de un hombre sin nombre , sin familia , de un huérfano por fin que lo debe todo á mi generosidad ? ¿ Crees tu que ella olvide sus deberes hasta este punto , y que él haya tenido la osadía de poner los ojos en la hija de su bienhechor ?

Vic. En aquella señorita que veia á todas horas , á cada instante , que pasó á su lado los primeros años de su infancia , en aquella en fin que ahora mismo se turba al oír su voz , y pierde los colores al mirarle.

Duq. Déjate de tales recelos.

Vic. Yo no acuso á Maria , sino á mi rival.

Duq. ¡ Tu rival !

Vic. Si.

Duq. ¡ Ah ! Si fuese cierto....

Vic. ¿ Que hariais entonces ?

Duq. Le haria pagar bien caro su triunfo ; pero eso es imposible. El delito de Aituro no existe mas que en tu zelosa imaginacion. Sin embargo , él vendrá ; ya te he dicho que tengo un proyecto.... En cuanto á mi

hija, está cierto.... Ella, demasiado virtuosa, para no consagrarse su amor, mas que al esposo que ha de recibir de mi mano, y este esposo antes que pase una hora lo serás tú.

Vic. ¡ Ah ! Querido tío !

Dug. Quedaste sin fortuna al fallecer tu padre.... yo juré darte otro en mi corazon, y devolverte la fortuna que perdiste, uniéndote á mi hija, que puede asegurar tu porvenir, sin hacer desgraciado el suyo. Vuelvo á decírtelo. Hoy mismo mi hija será la marquesa de Sirvall.

Vic. Y yo os deberé la felicidad de mi vida.

Dug. ¿Qué hay ? *(A José que sale.)*

Jose. Un Caballero desea hablar con el señor Victor de Sirvall.

Vic. ¿No ha dicho como se llama ?

Jose. El Señor Alfredo de Briever.

Dug. Es ese amigo de colegio, de quien me has hablado tantas veces....

Vic. ¡En Paris ! El ! Alfredo de Briever ! Si apenas hace dos meses que me escribió de Calcuta, anunciándome que iba á establecerse allí.

Dug. Eso son planes de todo hombre que viaja. Que entre. *(Vase José.)*

ESCENA IV.

Dichos, DELAUNAY con el nombre de BRIEVER, introducido por JOSE que se aleja al instante.

Delau. En donde está mi querido Victor ?

(Victor se adelanta con los abiertos, y se para así que ve á Delaunay.)

Vic. Delaunay! (Aparte.)

Delaunay. Abrázame pronto. (Aparte y echándose á los brazos de Victor que se deja abrazar maquinalmente.)

Vic. En que vendrá á parar esto? (Ap.)

Delaunay. Mi buen Victor, con que nos volvemos á ver! Señor Duque, perdonad si no habia hecho atencion mas que en mi amigo.

Duq. Macho me habia hablado de vos y no puedo menos de celebrar la franqueza y cordialidad con que tratais á mi amado sobrino.

Delaunay. Conozco que le he dado una sorpresa.

Vic. Mas de lo que puedes figurarte. (Con ironia.)

Delaunay. Presentarme aquí como por encanto, cuando me estabas creyendo muy sosegado en Calcuta. Pero hombre, que figura pones! parece que ya no conoces á tu amigo.

Duq. No podiais llegar á mejor ocasion, pues se prepara un grande acontecimiento para Victor.

Delaunay. Puede saberse?

Duq. Y muy pronto, si os quedais á la fiesta que voy á dar, pero teneis que perdonarme, me es indispensable ir á dar algunas órdenes: sobrino á tu cargo queda el detener á tu amigo; tu me sales responsable de su persona. (Vase.)

ESCENA V.

VICTOR y DELAUNAY, mirándose por un breve rato en silencio.

Vic. No puedo negaros que me tiene asombrado vuestra franqueza.

Delau. Seguramente, os he dejado atónito, acaso no me presento con maneras tales como convienen á una persona de calidad, decidlo francamente?

Vic. Lo que debo deciros es que espero con ansia la explicacion de esta ridícula farsa.

Delau. En ella Señor Marques, os tengo reservado uno de los primeros papeles.

Vic. Ignorais que es un delito encubriros con un nombre tan respetable?

Delean. Puede muy bien que lo sea; (*consor- na*) pero Señor Marques de Sirvall, si es delito apropiarse un nombre ageno, ¿como calificaremos la accion de poner firmas falsas en letras de cambio?

Vic. No os entiendo. (*Aterrado.*)

Delau. Con que no me entendéis? (*con ironia*) en tal caso será preciso explicarme mas claro, refiriéndoos una anécdota bastante curiosa que acaso publicaré algun dia para instruccion y aprovechamiento de la sociedad.

Vic. No sé lo que me pasa.

Delau. Escuchadme con atencion, porque el asunto lo merece.

Vic. Ya os escucho.

Delau. Pues señor Marques, es preciso que

tengais entendido que en Paris lo mismo que en cualquier otra parte del mundo hay cierta clase de sujetos que no teniendo nada que perder no reparan en los medios de enriquecerse: ya se ve, por lo regular suelen empezar su comercio con pocos ó ningunos fondos, ó solo á fuerza de constancia y laboriosidad logran formarse un capital que les permite luego especulaciones mas en grande y con menos riesgos. Uno de ellos, personaje de nuestra farsa es un especie de agente de negocios, usurero e intrigaante que ejerce el honrado oficio de prestar dinero con interés muy crecido: por fin, es el cajero de toda la juventud libertina del arrabal de San German, bastante estafador para hacer dinero de todo hasta de su propia conciencia, pero harto suelto para no traspasar nunca los límites legales ni tener que haberlas con ningun juez.

Vic. A donde iremos á parar? (Aparte.)

Delau. Este es uno de los primeros héroes de mi historia: el otro uno de esos protegidos, jóven de alta categoría, muy ufano con la nobleza de su familia, jugador desenfrenado, dado á toda clase de vicios, lleno de deudas, que ha disipado todos sus recursos: ostigado por sus acreedores, amenazado de ver deshecho como por un rayo un brillantísimo matrimonio, único objeto que puede salvarle. Ese se presentó hará unos tres meses al usurero de que hemos hablado arriba, el cual mucho tiempo hacia que le tenía cerradas sus puertas, pero acce-

diendo por fin á sus instancias, le hizo portador de una letra de cambio firmada á su orden.

Vic. Y luego? (con viveza.)

Delau. Luego el usurero conocia muy bien la firma del banquero, por lo que conoció al instante ser falsa la letra: con todo, no se dió por entendido, y la descontó mediante un interes muy moderado, pero sabeis porque? por que le habia bastado un instante para conocer que tenia entre sus manos un talisman capaz de producirle muchísimo dinero.

Vic. Soy perdido. (A parte y dejándose caer en un sillón.)

Delau. Qué es esto, señor Marques? os habeis puesto malo?

Vic. No, no, no es nada.

Delau. Lo que falta ahora es haceros conocer los nombres de los héroes que figuran en la farsa.

Vic. No es necesario.

Delau. El agente de negocios, el usurero, el intrigaante, ó como querais llamarle soy yo... el falsificador de firmas es....

Vic. Silencio!

Delau. Veo que es inútil nombrarlo, pero creedme señor Marques, era indispensable ponernos de acuerdo.

Vic. Que quereis de mí? (Con desaliento y despues de haber cerrado la puerta.)

Delau. Pronto lo vais á saber. Todo ha salido á medida de vuestros deseos; pues con mis cincuenta mil francos, si no habeis podido pagar todas vuestras deudas, á lo me-

nos los acreedores han recibido fuertes cantidades á cuenta y se han callado como unos muertos. Con esto os veis bien recibido de vuestro señor tio; y en breve vais á veros dueño de una linda señorita, y de un fortunon considerable, de todos los bienes maternos de la novia, sin contar con la cuantiosa herencia que el Duque no tardará en dejaros, porque al cabo todos somos mortales. Esto es todo lo que lograis por mi generosidad y condescendencia: ved pues si tengo derechos incontestables á participar de tantos beneficios. El como ha de ser, voy á esplicároslo. En primer lugar os devolveré la letra de cambio de cincuenta mil francos, que se halla guardadita en esta cartera, el dia mismo de vuestra hoda. (*Saca la letra de cambio.*) Entonces me firmareis una de trescientos mil francos á tres meses vista. Se me figura que debeis conocer que no soy muy exigente. (*Guarda la cartera.*)

Vic. Os valeis de todas las ventajas que vuestra situacion os da sobre mi. ¿Os parece bien, decirme con esa cartera en la mano, aqui tengo un medio de perderos? ¿No habeis reflexionado que estamos solos, y que podiera muy bien.... (*adelantandose.*)

Delaunay. No podeis hacer nada. Aqui está (*saca un puñal del mismo bolsillo donde está la cartera*) asegurada la prueba de vuestro delito; y he confiado su salvaguardia á la punta de este acero.

Vic. Muy bien, señor Delaunay! muy bien. Me someto á vuestras exigencias, y cuan-

do sea vuestro gusto se hará el cambio que pretendéis.

Delau. Corriente: eso se llama docilidad e inteligencia.

Aic. A lo menos podré contar con el sigilo.

Delau. Mi propio interés es la mejor garantía de mi discreción.

Vic. De este modo, contad con los trescientos mil francos.

Delau. Ignoro si podré contar con ellos; pero estad persuadido que al menor indicio de mala fe, sois hombre perdido. No respondo de vuestra palabra; pero si de la mia. No tengo mas que deciros. Ahora no se os olvide que soy Alfredo de Briever, vuestro mejor amigo.

Vic. Vaya un amigo!

Delau. Con el objeto de apartarme de vos lo menos que pueda, he concebido la idea de apropiarme por algunos días el apellido y rango de ese buen Briever, que me constaba ser amigo vuestro, desconocido personalmente de esta casa, y por añadidura establecido en Calcuta. ¿Que habría pensado vuestro señor tío, si se hubiese presentando como amigo vuestro un cualquiera, un Delaunay, un pícaro redomado en toda la acepción de la palabra? Ya veis cuan acertada ha sido mi cautela.

Vic. Ya lo veo. Sin embargo me es indispensable no disimularos que.... pero silencio: mi tío.

ESCENA VI.

El Duque y Dichos, despues Arturo.

Duq. Y bien? en que quedamos? ¿Tendremos el gusto de poseer á tu amigo?

Vic. Sin la menor dificultad. (*aparte.*) Habrá pícaro!

Delau. Señor Duque, vuestro sobrino y Brier ver son amigos inseparables.

Jose. El señor Arturo.

Vic. ¡Arturo! ¡Oh! Vámonos. Mi indignación no podria reprimirse á su presencia. (*Vase.*)

Delau. Voy contigo, Victor. Señor Duque, con vuestro permiso.

Duq. Hasta despues. (*Vase Delaunay.*)

ESCENA VII.

El Duque y Arturo.

Duq. Deseais tener una entrevista conmigo?

Art. Si señor.

Duq. Y con que objeto?

Art. Con el de recuperar vuestra amistad y estimacion, si es posible, pues todo me hace creer que las he perdido.

Duq. Estais equivocado, Arturo.

Art. Ah! Si; y ahora mismo estoy viendo la severidad de vuestro mirar, y ese tono de voz tan frio. Yo ignoro absolutamente lo que ha sucedido, ni cual pueda ser la causa de vuestro desvio; pero hace dias que

inútilmente solicito veros: esta dicha que se me habia concedido disfrutar hasta ahora, se me niega obstinadamente; cerrándose la puerta de vuestra casa á quien habiais dado en otro tiempo el título de hijo, y que está cierto de no haber hecho ninguna falta capaz de hacérselo desmerecer.

Duq. Debeis únicamente atribuirlo al cansancio del viage, y luego algunos negocios de familia....

Art. ¡Que no es eso, señor Duque! ¡Que cambio en vuestra amistosa benevolencia!

Duq. Oyeme Arturo. (*Despues de una breve pausa.*) No puedes olvidar que por espacio de veinte y cinco años te he tratado continuamente como á hijo mio. ¿No lo tienes en la memoria?

Art. Hay recuerdos que quedan eternamente grabados en el corazon, señor Duque, y que nada podrá borrarlos.

Duq. ¿Cumplí con los deberes que me impuse voluntariamente? Decid Artur; no me recí de vos un poco de agradecimiento?

Art. ¡Oh! Si: un agradecimiento eterno.

Duq. Bien; escuchadme. Vuestro talento, os ha hecho obtener una posición independiente: á 28 años, sois un abogado muy célebre: os designan como el espíritu del congreso: en fin, habeis llegado á ser un hombre útil.

Art. Todo esto, lo debo á vos solo; á vuestra protección. Si, á vos, que habeis adivinado y dirigido mi inclinación á una carrera tan bella! ¡Abogado! No hay ministerio mas sagrado que el que autoriza á defen-

der al desgraciado, y hacer caer á la voz de la elocuencia los terribles cadalso menoscrecio de la sociedad, levantados muchas veces no para castigar el delito, sino para satisfacer una venganza. ¡Qué placer! ¡Qué orgullo para un abogado decirse á sí mismo.... Hoy salvé la vida de un hombre, y libré á toda una familia de un porvenir de lágrimas, de vergüenza y de ignominia! Hay corazones en que quedará mi memoria grabada eternamente.

Duq. Continuáis siempre digno de un porvenir de gloria á donde mi protección os ha abierto el camino. A la muerte de vuestro padre, me transmitió sus derechos: someteos sin murmurar á todo lo que voy á exigir de vos.

Art. ¡Mi padre! Ab, señor Duque, que palabra habeis pronunciado!... Yo no conozco á nadie en el mundo sino á vos á quien pueda llamar mi padre. Yo os he rogado mil veces me dijeseis el nombre del mio. Señor Duque el nombre de mi padre: yo os lo pido de rodillas.

Duq. Alzad Arturo; ya sabeis que me es imposible contestaros á semejante pregunta.

Art. Pues que, ¿soy yo acaso algun hijo nacido en la disolución y el crimen? Hablad; yo menoscrecio la grandeza ó la obscuridad de un nacimiento: la idea misma de ser un bastardo no basta para atemorizarme; ese nombre á mis ojos no me deshonra; porque yo creo que los hechos de crimen ó de virtud, no pueden ser hereditarios.... Todo es personal, y cada uno es

responsable de sus operaciones. ¡ Vos callais ! Ah ! mi suerte es bien desgraciada !

Duq. El secreto de vuestro nacimiento es solo mio y bajará conmigo á la tumba. Pero nos apartamos demasiado de el objeto de esta entrevista.

Art. Ah ! Perdonad, señor Duque, os hablé de los títulos que os hacen acreedor á mi reconocimiento.... Títulos sagrados ! Que esperais de mí ?

Duq. Un sacrificio muy grande, y penoso para vos.

Art. Cualquiera que sea , podeis contar con mi sumision.

Duq. Artur, ya os dije que para asegurar mi reposo y la felicidad de Maria....

Art. ¡ Maria ! Gran Dios !

Duq. Tenia razon Victor.... El la ama. (ap.)

Art. Por vos, y la señorita Maria no hay nada que no me halle dispuesto á hacer.

Duq. Pues bien Artur ; lejos de mi todo pensamiento que pueda ofenderos ; pero es preciso que por algun tiempo solamente suspendais vuestras visitas á mi casa.

Art. Renunciar á veros... . ¡ Ah ! imposible !

Duq. Imposible ! Artur ! Me parece no soy yo solo el objeto que os ocupa.

Art. Ah Señor, no lo creais. El reconocimiento me impone la ley de protestar á una sentencia tan severa.

Duq. El reconocimiento os impone la ley de obedecer. Preguntad á vuestro corazon , y me responderéis.

ESCENA VIII.

Dichos y José.

José. El notario de el señor Duque aguarda en su gabinete.

Art. El Notario!

Duq. Viene á estender los contratos para el casamiento de mi hija.

Art. Ah! Entonces, está todo decidido.... La señorita vuestra hija se casa....

Duq. Con su primo Victor. Perdonadme si no os he informado mas pronto.

Art. Gracias.... ¡Oh! Gracias! Señor ya os entiendo.

Duq. Bien.... Dad vuestra mano Artur á aquel que en otro tiempo fué vuestro amigo, y que lo será siempre. (vase.)

ESCENA IX.

ARTUR, solo.

Todo se acabó.... Miserable! No tienes si quiera un nombre, y te atreves á amar á la hija de un duque. ¿Y cuales son tus títulos para aspirar á su mano? Talento! ¿De qué te sirve? ¿De qué te aprovecha sino tienes un nombre? Ah! Qué cosa tan absurda es la herencia! Por qué en tiempo pasado un hombre se ilustrara con alguna accion brillante!... Porque el capricho de un gran Señor le dió en recompensa de sus servicios un marquesado, será preciso que esta recompensa en ese

càso justamente conquistada , llegase de caida en caida y de degradacion en degradacion hasta un Victor de Sirvall , que nada ha hecho desde que nació. Mientras que aquellos cuyo mérito forma la pobreza , se ven obligados á inclinarse á bajar la cabeza , ¡ Maria esposa de otro ! Si yo pudiera volverla á ver una sola vez , todavia... Está en ese baile... en medio de ese huracan que la rodea.... Si yo pudiera hablarla !... Si la fortuna,... La fortuna solo es concedida á aquellos que nada tienen qué esperar : ella sola muestra su alagüeña cara á aquellos que son ya felices. Pero el Duque tiene ya mi promesa.... Es preciso que me aleje de este sitio.... Es preciso , si : pero sin darla el último adios , á ella , (En este momento Maria sale del baile acompañada con algunas que salen hasta la puerta , despues de haberlas saludado , la puerta se cierra y Maria queda en la escena .) la mitad de mi vida , mi única , mi verdadera amiga , si : á ella que no se opone á la tiránica é injusta voluntad de su Padre , cuando la manda olvidar su juramento .

ESCENA X.

ARTUR Y MARIA.

Maria. ¿Y quien te ha dicho que yo los he olvidado ?

Art. ¡ Maria !

Maria. Si , Maria , á quien tu acusas , y que te perdona , porque ella debe juzgar de ta desesperacion por la suya. Ya por fin salí

de ese baile en que me ahogaba el dolor....
 ¡ Yo la muger del marques de Sirvall!....
 Nunca.

Art. Es cierto Maria! Oh dicha! oh delirio!

Maria. Querido Artur!

Art. Tú! unir al destino del desgraciado huérfano del hijo abandonado, el tuyo, tan brillante y lleno de un porvenir de ala-
 güeñas esperanzas!

Maria. No hables de esperanzas Artur. Yo te amo, y soy dichosa con tu amor.... pero yo no espero nada.... La preocupacion nos se-
 para.

Art. Ah! Por piedad, deja que goze de la ilusion que me inspira el fuego abrasador de tus miradas. Electrizado con tus pensamientos no podré yo crearme un nombre para merecer títulos, y elevarme hasta tí? Si; yo haré que algun dia tu padre esté orgulloso con mi alianza: entonces, Maria, se abrirá para nosotros un porvenir de delicias.... entonces empezará una vida de felicidad, y disfrutarémos todos los placeres de la existencia humana.

ESCENA XI,

Dichos y el Duque llegando por el fondo.

Duq. Qué es lo que escucho!

Maria. Padre mio! (de rodillas)

Duq. Levántate.

Art. Si; solo á mi me pertenece implorar el perdon de una culpa que fué mia.... Señor Duque.

Duq. Basta! Volved al baile, Maria, donde puede ser que vuestra ausencia haya sido notada.

Maria. ¡Y qué me importa ese mundo al cual me sacrifican! Padre mio, hasta este dia, fué mi sumision sin límites. Hasta este dia, dócil á vuestros mandatos y preceptos, me formé la ley de no tener otra voluntad que la vuestra. Mas hoy, mi deber me manda desobedeceros; porque vos os arrepentirias pronto de haber causado la desgracia de vuestra hija. Depende de mí el no haceros arrepentir: si su fama, (*mirando á Artur*) sus talentos y su gloria, no son bastante nobles á vuestros ojos, si vuestra altivez se indigna de esto que vos llamais baja alianza, vuestro corazon os consolará al recordaros que soy feliz. Querido padre, es la única dicha que vuestra hija os ruega de rodillas.

Duq. Di mas bien que la infamia....

Art. ¡Señor!

Duq. Si, la infamia.

Art. Entonces decid quien soy yo para tratarme de ese modo?

Duq. ¿Quien sois vos?

Art. La verdad Señor; tal cual ella sea. El secreto de mi nacimiento que yo os pedí me revelaseis no hace un instante como una gracia: yo lo exijo ahora como una deuda.

Maria. Hablad, hablad padre mio: alegría ó

dolor; gloria ú oprobio; lo acépto todo con su amor.

Duq. ¡ Todo! Bien!... Entonces insensata....
Art. Hablad.

Dub. No habrán salido las palabras de mi boca cuando querriais que jamas las hubiese pronunciado; porque ellas van á heriros.

Art. Por favor.

Duq. Vos quereis absolutamente conocer esta historia.... venid acá.... Yo diré en voz baja, que hay crímen y sangre.

Art. ¡ Sangre !!

Maria. ¡ Gran Dios !!

Duq. Vuestro padre se llamaba Francisco Disnard..., como vos: sin fortuna.... como vos: él se atrevió á amar á la hija de un hombre que se hallaba por su nacimiento en un rango elevado: orgulloso de haber inspirado á la heredera del Conde de Mircour, uno de esos amores que solo ofrecen la alternativa del crimen, y de la desgracia, tuvo la audacia de robarla. Despues de muchos meses de vanas pesquisas, el Conde descubrió en fin las huellas del raptor, y él mismo fué á demandarle su hija.... Una denegació positiva, fué causa de una escena terrible, y el Conde cayó herido de un golpe mortal: vuestro padre Artur se vió preso, fué juzgado.

Art. Por piedad Señor!

Duq. Si el dolor opri me en este momento vuestra alma, vos lo habeis querido: Artur, escuchad, escuchad hasta el fin. Vuestro padre como asesino, fué condenado á muerte.

Art. ¡ A muerte !

Duq. En cambio de los servicios que me había prestado en tiempo de mi emigracion, y por piedad á su desgraciada muger, empeñé todo mi crédito para obtener la commutacion de la pena. La ley fué inexorable; el dia 8 de octubre de 1802 una cabeza ensangrentada rodó públicamente al golpe de una cuchilla por la plaza de Gréve, y esta cabeza Artur, era de vuestro padre.

Art. ¡ Ah ! (Cayendo sobre un sofá.)

Maria. Artur ! Artur ! Ah, padre mio, que habeis hecho !

Art. Mi padre ! ¡ Un cadalso ! (volviendo) ¡ Maria ! Ah ! Esto no es sueño.... (porque ve al duque) Seguid, ahora puedo escucharlo todo.

Duq. El mismo dia murió vuestra madre dándoos á luz.... De una parte un cadalso; de la otra un entierro; esto, esto es el bautismo de sangre y de lágrimas, que habeis recibido al nacer.

Art. Mi pobre madre ! (Llorando.)

Duq. Decid ahora, si la hija del duque de Estein puede unirse al hijo del ajusticiado Francisco Disnard.

Maria. Aunque llegueis hasta maldecirme padre mio, yo alzaré la voz en favor de Artur. Si ha cometido un crimen su autor, ¿ no lo llevó consigo á la tumba ? ¿ Ha dejado alguna porcion en herencia ? El hijo inocente ¿ ha de ser juzgado qual el padre culpado ? Qué me importa que una ciega preocupacion haga resaltar sobre él algu-

nas gotas de sangre proscrita ! Si su nacimiento lo espone al injusto oprobio de los hombres, yo lo vengaré á fuerza de cariño y amor. Toma Artur: este (*sacándose una sortija*) es el anillo nupcial, tómalo; mi corazon es el que te lo dá.

Duq. Desgraciada ! (*lanzándose á su hija*)
Y te atreves á hacerlo en mi presencia !

Art. Deteneos señor Duque (*conteniéndole*.)

Duq. Infame ! Aun te resta que asesinarme, como tu padre Francisco Disnard asesinó al conde de Mircour.

Art. ¡Ah ! Qué decis ! (*horrorizado*.)

Maria. Esos gritos.... ese ruido.... Llegad, corred !

Duq. Vete, vete.

Maria. Artur ! (*Cae desmayada*.)

Art. Maria ! Jura que me amarás hasta la muerte. (*vase*.)

(*El duque se ocupa en socorrer á su hija*.)

ESCENA XII.

DICHOS, menos ARTUR. VICTOR, DELAUNAY, MORAND, JOSE, convidados y criados.

Todos. Qué hay ?

Duq. Nada : ¡Oh ! nada ! (*reprimiéndose*) el cansancio.... el calor del baile sin duda...

Victor. Y bien Doctor ?

Doctor. No os habia dicho que no se estendria esta noche el contrato de matrimonio?
Delau. Suceda lo que suceda... mis trescientos mil francos.

Fin del Acto primero.

ACTO SEGUNDO.

Casa de Artur: noche: escritorio: biblioteca, mesa, canapé etc. Puerta al foro, puertas laterales, ventanas idem: muebles aunque simples que anuncian la opulencia. Una simple lámpara sobre la mesa, despidiendo una luz opaca. Un estuche que encierra dos pistolas. El escritorio á la derecha. Chimenea á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ARTUR *solo, sin cambiar posicion.*

¡Es sueño! ¡Es ilusion cuanto pasa por mí! ah! no.... Mi padre! Un homicidio! una sentencia de muerte.... despues.... un cadalso.... Ah! Esto es cruel.... Y estas terribles palabras no me han muerto! Y yo he podido escuchar hasta el fin tan espantosa narracion! Hecharme en cara mi deshonor, y en presencia de Maria! De aquella alma verdaderamente noble! que despreciando las preocupaciones de esa sociedad fanática, ante su mismo padre, se atrevió!... á qué? ¡Infeliz de mí! Si el honor me obliga á rechazar tan generoso sacrificio. No hay remedio; mi muerte sola, puede relevarla de su juramento.... Quien me detiene? (*abriendo el estuche*) El temor!

oh! no; la muerte es para mi la única esperanza, y Maria.... Siempre este pensamiento terrible! siempre delante de mis ojos esta mancha de sangre que la injusticia de los hombres ha hecho indeleble! Siempre veo alzado delante de mi ese cadalso, cuyo sangriento aparato me amenaza; y nada, nada puede calmar la amargura de mi dolor. Mi padre fué sentenciado.... todo en él fué obscuridad; todo, excepto su castigo cuyo ruidoso oprobio, recae sobre la inocencia: mi honor fué decapitado con el suyo. ¿Y hay justicia divina? Ah! perdón, Dios mío! Soy bien temerario en atreverme á dudar de tu misericordia. ¡Maria! No, yo no te condenaré á llevar un nombre deshonrado: el oprobio que llevo conmigo, no será el precio de tanto amor. Tus hijos marcados con la infamia en el seno mismo de su madre, te reprocharian el dia mismo de su nacimiento. (*Se oye tocar en la puerta del fondo. Artur deja la pistola en la mesa.*) Quien llama?

ESCENA II.

ARTUR y el PORTERO.

Port. Disimulad Señor: (*abriendo media puerta*) pensé que ya os habiais acostado.

Art. Y bien: ¿que quieres? (*con severidad.*)

Port. Es José el ayuda de cámara de el señor Duque, que me ha dado esta carta, y me ha encargado de parte de su amo, que os la entregue al instante.

Art. Venga.

Port. El Señor Artur necesita de mis servicios
esta noche?

Art. No , déjame (vase el Portero.)

ESCENA III.

ARTUR cierra la puerta de dentro: rompe precipitadamente el sobre y saca otra que viene dentro.... lee antes la primera carta.

Art. De el Duque.

«Artur, dentro de una hora, mi hija dejará á Paris. Nada de necias tentativas por volverla á ver. Dentro de mi carta hallareis otra de vuestro Padre.... mi cariño me habia impedido hasta ahora el dárosla: hoy mi deber me lo ordena.» (Interrumpiéndose.) Una carta de mi Padre! (Toma la segunda, la lleva á los labios y algunas lágrimas corren por sus mejillas.) «Que la muerte de Francisco Disnard, os sirva de escarmiento.... Leed y meditad.» (Se sienta y considera profundamente en silencio la carta de su padre.) Aqui se encierra toda mi herencia! El corazon y las manos de mi padre se han ocupado en mi algunos momentos antes de la hora fatal!... Despues la espantosa acha del verdugo, vino á impedir para siempre que escribieran sus manos, y que palpitára su corazon! (Momento de pausa y luego abre la carta.) «El ocho de octubre de 1802. Hijo mio.... (llora y pausa) No tengo mas que algunos instantes de vida que consagro á tí: me acaban de decir que tu madre te ha dado

á luz, y que tu nacimiento le ha costado la vida. El dia en que naciste, ha sido el último de la mia. ¡Ay de mi! ¿Porqué tú no estás donde tu madre, ó donde estará tu infeliz padre bien pronto? Perdóname mi muerte, cuya deshora va á caer con todo su peso sobre tí, desgraciado hijo. Tal vez te haya transmitido con la vida el fuego de las pasiones que abrasaron mi alma. Mi funesto fin te sirva de ejemplo. Sé mas fuerte en tus deseos; domina tus pasiones; ellas pueden conducir al cadalso: bien lo ves.... no desprecies mis consejos. ¡Oh hijo mio!.... te escribo con mi propia sangre. Voy á morir á los treinta años. Voy á morir cuando la fuerza y la vida hierven en mi pecho! Voy á morir sin poderme abrazar.... Tampoco te conozco.... no sé si te me pareces.... ignoro cual es el color de tus ojos.... tu pelo.... Ah! si yo pudiera una sola vez poner mis ardientes labios sobre tu frente!.... Van á dar las (*los sollozos le ahogan*) cuatro, y esta es la llamada de la muerte.... Oigo rechinar los cerrojos de mi calabozo. ¡Qué será! ¡Cuan pronto pasa la última hora! A Dios hijo mio; la última palpitacion de mi corazon, será para tí: no maldigas mi memoria. Yo lloré en el seno de un religioso; y á pesar de mi culpa, espero que mi alma se elevará á la mansion divina donde no se encuentran cadalso. A Dios hijo mio! Tu desgraciado padre. — Francisco Disnard. » ¡Yo vivir! (*El llanto le ahoga: pausa: y despues cogiendo la pistola dice.*) Padre mio: yo me reuniré contigo.... Maria! A Dios.... A Dios para siempre.

Maria dentro. Artur, Artur!

Art. Esta es la voz de Maria! (Vivamente escuchando.)

Maria. Artur, Artur! (dando golpes á la puerta del fondo.)

Art. Es ella! (Tira la pistola y abre.)

ESCENA IV.

ARTUR y MARIA entrando precipitada.

Maria. Artur! (Cae desmayada en sus brazos.)

Art. Maria! Maria! vuelve en tí! Yo no me atrevo á llamar. Maria por piedad.

Maria. ¿En donde estoy? (abriendo los ojos) Artur.... Ah!.... Estoy en salvo.... pero ¿no oyes nada.... no: todo está tranquilo.... Me parecía que á cada paso una mano de hierro me asia... ¡ah! Tenía tanto miedo!....

Art. En nombre del cielo habla: ¿qué te ha sucedido?

Maria. Ellos se acercan.... (mirando con miedo) Si... son ellos!... Cierra pronto la puerta!... (Artur la cierra) Tu no lo sabes.... Querian conducirme,... arrastrarme al altar! Ellos vendrán á arrancarme de tus brazos!... Pero tu me defenderás.... ¿no es verdad?

Art. Maria.... esplícate por piedad. (pausa.)

Maria. Escucha, escucha.... Despues de tu partida, al punto que los convidados se habian retirado, mi padre entra en mi aposento á donde me habian conducido casi moribunda, y despues de una escena vio-

lenta, me anuncia que marchariamos en esta misma noche á su quinta de *Tours* y me concedió solo una hora para prepararme á partir: me encerró creyendo tenerme segura hasta que llegase la silla de posta que había ordenado para conducirme al instante....

Art. Despues?

Maria. Huir la persecucion; preferir la muerte á un himeneo que aborrezco, fué mi sola idea en aquel momento.... Apenas desapareció mi padre, cuando mis ventanas que estaban abiertas, á un golpe de vista, medí la distancia que me separaba de el suelo.... ¡Dos pisos! No importa.... Con la ayuda de mis sábanas fuertemente atadas al balcon, me hallé pronto en tierra....

Art. ¡Gran Dios! ¡Y si al bajar te hubiesen faltado las fuerzas?

Maria. Tenia bastante fuerza. En fin aparté de mi imaginacion á Sirvall, para pensar en tí. Al pronto, he corrido á la suerte; sin saber donde; yo no pensé en nada, sino en escaparme.... ¡Y con que prontitud! Mis pies tocaban apenas la tierra. Llegué por fin á los arrabales, y me fué forzoso parar; me faltaba la respiracion.... Algunos pasos mas, hubiera caido desmayada. Entonces coordiné mis ideas; me era preciso tomar un partido: ¿á quien dirigirme? ¿á quien demandar asilo, y proteccion?... A los padres.... ¿á los amigos de mi padre? Ellos hubieran creido cumplir con su deber volviéndome á su poder.... no reflexioné mucho tiempo: mi corazon me acababa de

revelar un protector natural, en aquel que una hora antes habia elegido por esposo en presencia de el cielo, y de mi padre. Tu eres el hombre mas interesado en conservarme pura, é irrepreensible. Por eso vengo sin miedo Artur á poner mi honor bajo la salvaguardia de el tuyo.

Art. Inspírame Dios mio! ¿Qué he de hacer?

Maria. Escaparnos.... huir al instante, dejar Paris.... la Francia!...

Art. ¡Qué! Maria! Un rapto! Olvidar en un instante los cuidados que el duque me prodigó en mi infancia!... ¡Y los sabios consejos de mi desgraciado padre!... El tambien se hizo culpable por un rapto; y este primer delito.... Maria lo condujo al cadalso.

Maria. Tienes razon: soy muy necia! Es una accion infame la de robar una hija á su padre. Mas Artur, el mio anela mi desgracia.... En fin, dentro de tres dias, seré la muger de Sirvall.

Art. ¡Ah! por piedad, por piedad! no digas eso. A ese pensamiento, siento que mi razon se trastorna, y me encuentro capaz para emprenderlo todo.

Maria. Sálvame de ese himeneo; por que él seria mi muerte.

Art. ¡Oh! Maria! ¿Porqué no me has dejado morir? (Desesperado.)

Maria. Qué has dicho! morir! Ah, no!

Art. Ya no lo podria verificar: porque mi muerte te abandonaria sin defensa en los brazos del marques.

Maria. ¡Hablas de morir! Y esas pistolas! Ah! que pensabas hacer de ellas? ¿Querias matarte, Artur?

Art. Queria acabar de sufrir, y dar fin á mis males

Maria. Entonces tú no me amas. (*En sus brazos*) Matarte! Entonces yo moriria tambien!

Art. Maria! Acuérdate de quien soy: acuérdate que un cadalso enrojecido con la humeante sangre de mi padre, se eleva en medio de nosotros.

Maria. Ya te dije delante del mismo duque, que yo me hallaba muy orgullosa con tu amor: que me vanagloriaria de pertenecerte. ¿No me he comprometido voluntariamente contigo? Si mis palabras son de hielo, Artur, mi corazon es de fuego. ¿Qué es preciso hacer entonces para convencerme? ¿Tú te crees indigno de mi ternura? Hazte mas justicia. Sabes bien que á despecho de la desgracia de tu nacimiento, hay mas nobleza en tí, que en todos los nobles que me rodean: sabes en fin que yo preferiré la muerte, si la muerte, á ser la marquesa de Sirvall.

Art. Maria, tu me enagenas de placer! ¡Qué insensato he sido! Yo reusé la dicha y destrozé un corazon que habia comprendido el mio. ¡Ah Maria! adorada mia! perdón, perdón.

Maria. Querido Artur! (*Abrazandole.*)

Art. Partamos.

Maria. Yo tiemblo que ya hayan descubierto mi fuga.

Art. Al amanecer, estaremos ya lejos de Paris; y en el dia de mañana habremos dejado la Francia.

Maria. Marchemos. Gran Dios! que veo! Victor.... (*al salir por la puerta se encuentra con Victor.*)

Art. ¡El marques!

ESCENA V.

MARIA, ARTUR, VICTOR.

Art. ¡Me esplicareis, caballero, el motivo de esta súbita aparicion en mi casa, en medio de la noche, y sin hacerse anunciar?

Vic. No es verdad que (*irónico*) he escogido una hora bien singular para visitaros? Sin embargo, hay cosas á veces que no pueden abandonarse para el siguiente dia; y hay tambien circunstancias en que un solo minuto de retardo, bastaria para hacer el mal irreparable.

Maria. Caballero, vos esperais en vano arrancarme de aqui; yo no saldré sino para seguir á mi esposo: y este es Artur....

Vic. Acabad, Artur Disnard.... (*A este nombre Artur se sorprende.*)

Art. Disnard! Qué, Señor.... vos sabeis! Ah! señor Duque, estamos pagados.

Vic. Yo sé demasiado lo que debo á mi hermosa prima, para usar ninguna violencia con ella.

Art. Quiera Dios que no lo olvideis jamas! La Señorita vino libremente á ponerse bajo mi proteccion. Su padre solo tiene de-

recho de levantar la voz para reclamarla.
No lo olvideis, caballero; y acordaos sobre todo que estais en mi casa.

Vic. Pues bien; mientras este caballero no ignore del todo los derechos que un padre tiene sobre su hija, yo entonces podré usar de los que ese padre me ha transmitido: y es arrancar al instante á mi prima de el oprobio de que va á cubrirse; y podré hacerlo tanto mas fácilmente, cuanto á una señal mia algunos criados fieles me prestarán sus servicios.

Maria. Artur desfiéndeme. (acercándose á él.)

Vic. Estad segura que yo no abusaré jamas de las ventajas que me concede mi posición. Solo me he presentado á vos, para forzaros á seguirme.... Artur Disnard; esta noche debe decidirse nuestra suerte; esta noche con uno de los de los dos dejará de existir nuestra rivalidad. El sol de mañana debe iluminar el triunfo del uno, y el funeral de el otro. (Quitase la capa y deja dos espadas sobre la mesa.)

Maria. ¡Qué escucho!

Art. Que pretendeis!

Vic. Obtener de vos una renuncia formal á la mano de mi prima aunque haya de sellarla con vuestra sangre.

Maria. ¡Gran Dios!

Art. ¡Un desafio! (Con voz sombría.)

Vic. Nos batiremos sin testigos: nadie debe saber que la espada de Sirvall ha tocado ni aun ligeramente la vuestra.

Maria. Artur, no te batirás. (Suplicando.)

Art. Un desafio! ¡Sin testigos! en la no-

che! Pero no sabeis caballero que si yo os hiero , me acusarian de asesino , y que un cadalso.... (*Con temor.*)

Vic. Hay familias en que el cadalso se transmite por herencia.

Art. Desgraciado ! (*amenazante.*)

Maria. Artur !

Vic. Y bien.... Artur Disnard ¿no os atrevéis ?

Art. Ah ! sino me atormentase (*conteniéndose*) un recuerdo de asesinato , ya te hubiera yo despedazado entre mis manos.

Vic. No es piedad.... es un poco de valor el que yo pido.

Art. Tendré el necesario para soportar vuestras afrentas ; no quiero verter sangre.

Vic. Decid mas bien que no quereis batirnos.... porque.... teneis miedo.

Art. Miedo ! .. Salid , salid.... (*Furioso.*)

Vic. Artur Disnard , sois un cobarde.... (*alzando la voz.*)

Art. Un cobarde ! Ah ! Aléjate Maria , aléjate.

Maria. Yo no te dejaré.

Vic. Uno solo de nosotros ha de salir vivo de este sitio. ¿ Tu no tienes sangre en las venas Artur Disnard ? Despues de una hora de afrentas , y que te he echado encara tu nombre deshonrado , tituveas aun ? Pero hay un medio todavia para dar valor.... la última afrenta para los hombres : y pues me fuerzas á ello.... (*Le va á dar un bofetón.*)

Art. Marques de Sirvall , creeis que esta

no es demasiada afrenta! Creeis que no he sacrificado bastante mi amor propio á la presencia de Maria, y al recuerdo de los beneficios del duque, y sobre todo al funesto ejemplo que me ha dejado mi padre? Si vos sois mas esperto en el arte de disfrazar vuestro semblante, creeis que no sabré morir?

Vic. Vamos, que os detiene?

Art. Un instante: vos me habeis prodigado insultos y amenazas, vos os habeis atrevido á levantar la mano sobre mi! Cuando no se teme insultar á una persona, no se debe tampoco tener miedo de pedirle perdón, y ha de ser de rodillas, marques; como se pide! De rodillas, caballero, de rodillas. (obligándole.)

Maria. Se mas generoso que él, Artur.

Vic. Maldición.... (arrodillándose por el impetu de Artur.)

Art. Ah! Algunas veces algun gran Señor se ve humillado.

Vic. Y es de este modo como vengan las afrentas los hombres como vos!...

Art. Los hombres como yo no (sin dejarlo levantar) forman de un desafío un sanguinario placer; los hombres como yo, no se baten sino al último estremo; pero se batien, hasta la muerte. (Le deja.)

Vic. A la muerte, entonces, (levantándose cogen las espadas.)

Maria. Artur! Victor! (corriendo á la puerta) En nombre del cielo, socorro! socorro! No hay nadie! Nadie! Dios mio. (Cae desmayada. Artur la pone sobre un sofá.)

Vic. En guardia. (Cruzan las espadas.)

ESCENA VI.

Dichos, DELAUNAY.

Dela. Deteneos!

Vic. Delaunay!

Art. Que quieres? Quien sois?

Dela. Un amigo de el señor de Sirvall.

Art. Atras caballero, los amigos no tienen
nada que hacer aqui.

Dela. Disimulad....

Art. Pero....

Dela. El tiempo solamente para decir dos
palabras al señor marques.

Art. Apartaos.

Vic. ¡Ah! creedme, mi impaciencia es igual
á la vuestra. (á Artur.)

Art. Lo creo, caballero, lo creo.

Dela. ¿En cuanto estimais vos vuestra exis-
tencia? (á Victor.)

Vic. En menos que mi honor.

Dela. Y vuestro honor?

Vic. En mas que todo.

Dela. ¿Y mis trescientos mil francos?

Vic. ¡Caballero!

Dela. Vos no os batireis.

Vic. ¡Ah! Artur Disnard.... (Rechazándolo
y poniéndose en guardia.)

Dela. Abajo las armas, marques de Sirvall,
abajo las armas, ó bien....

Art. Por favor! (Deja caer la espada
Victor, porque Delaunay ha sacado la
cartera.)

Vic. No me entendéis? (á *Delaunay*) Aquí la deshonra (Por *Artur.*)

Delaunay. Y la.... la.... la.... caballero! (Enseñando la cartera.)

Art. Cobardia, bajeza!

Delaunay. Vamos, vamos; estas son niñerías.

Art. Bien, muy bien, señor marques! Encubrid vuestra prudencia con un tan lindo pretexto.

Vic. Dios mio! Dios!... (llorando de rabia.)

Art. Lágrimas! ah! es justo.... Tan débil como insolente.

Vic. Esto es mucho; yo vengaré mi agravio.... Ola! (Entran criados.)

Art. Desdichado el que se (coge una pistola) acerque.

Delaunay. Ah, no temais nada, que yo estoy aquí.

Vic. En fin, qué pretendéis?

Delaunay. Estoy aquí, para impediros que cometais en un momento de cólera una acción, de que os arrepentiríais á sangre fria. ¿Cuál era vuestro objeto al venir aquí? El forzar á vuestra prima á volver bajo el techo paternal? Pues bien; nada de violencias; nada de desorden.... Señor Artur.... yo estoy cierto que amais muy sinceramente á la señorita de Estein.... pero espuesta al vituperio, y á la infamia.... (movimiento de *Artur*) Si, caballero; si, la infamia. Reflexionad bien que la ley protectora de el honor de las familias, castiga severamente al hombre que se hace criminal, substrayendo una jóven á la autoridad de

su padre; y el mundo castiga aun mas severamente á la que poniendo en olvido lo que se debe á sí misma, menosprecia sus deberes.... Y el de esta señorita, es volver en el momento á casa del Duque.

Art. Y el mio? (despues de reflexionar.)

Maria. El de acompañarme. Dame tu brazo, Artur, iremos juntos hasta la casa de mi padre.... Que llegados allí...

Art. Allí! A separarnos para siempre!

Maria. No; tu volverás bien pronto á buscarme, para conducirme al altar, ó á la tumba.... Vamos, estoy pronta.... (d los criados y vase con estos y con Artur.)

ESCENA VII.

DELAUNAY y VICTOR.

Dela. Y bien, querido amigo; nuevo triunfo de mi sistema: bien lo veis; para acertar no es necesario mas que un poco de calma y destreza.

Vic. Es preciso muchas veces emplear la audacia y la fuerza. ¡Ah! tu te pones pálido Delaunay! Es que tu has comprendido el horror que encierran estas palabras... es que la raposa ha llamado al tigre, y que no nos hallamos ahora en la casa de Estein.... Estamos solos, en medio de la noche; en un aposento aislado, sin testigos, sin socorros; aqui tienes un hombre de quien has parado el brazo al frente de su enemigo, y que te grita con los brazos levantados.... Esa cartera! esa cartera!...

Delau. Vos os atreveriais?...

Vic. Esa cartera en el fuego, ó una bala
en el corazon (*con la pistola.*)

Delau. Deteneos: ¿qué vais á hacer? (*Saca
amedrentado la cartera y la echa en las
llamas.*)

Vic. Bien! bien.... (*Vase.*)

Delau. Marques de Sirvall, aun no estamos
pagados.

Fin del Acto segundo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DELAUNAY, un CRIADO, despues el Duque.

Delau. El señor Victor de Sirvall. (dirigiéndose á un criado al entrar.)

Duq. Ah! sois vos Señor de Briever, Victor no está; pero no puede tardar en llegar.... Si vos gustais esperarlo....

Delau. Gracias señor Duque; yo me retiro. En medio de tantos pesares como os aproximan, la presencia de un estraño....

Duq. Un estraño! Vos señor de Briever! el amigo de Victor!

Delau. Oh! si; amigo: pero temo el preguntaros....

Duq. La señorita de Estein.... mi pobre hija!... Maldita sea aquella noche funesta en que me la devolvieron casi loca y espirante.... ¡ah! que cosa tan horrible el ver uno morir á un hijo!

Delau. Muy pronto os alarmais. Vuestra ternura os hace ver el peligro mas grande de lo que es en realidad.

Duq. No, yo no me alucino por lo que me

decis, yo me lo figuré al instante; luché contra mi temor; y combatí estos siniestros presentimientos, yo procuré engañarme; pero bien pronto la verdad se me presentó con todo su horror, y me dijo que cada minuto que se pasa, se lleva consigo un resto de esperanza, y que cada segundo me acerca el término fatal.... Ahi está.... Cerca de mi.... Esta sola puerta nos separa, y no me atrevo á entrar. Como resistir á la triste elocuencia de sus melancólicas miradas de resignacion? A esas miradas que me parecen repetirme á cada instante.... Padre mio!... Vos sois el que me mata!... Un nombre sale de su boca.... uno solo... y siempre el mismo.... Artur! Artur!

Delau. De el mismo modo puede otro nombre cambiar en un instante vuestro júbilo en luto, y destrozar todos vuestros planes venideros y destruir todas las esperanzas.

Duq. Victor! (vivamente.)

Delau. Ese nombre que habeis pronunciado y que ocupa vuestra imaginacion os inquieta demasiado.

Duq. Porque ese nombre, señor, recuerda á mi corazon un nuevo objeto de afliccion.

Delau. ¿Qué ha pasado, señor Duque, despues de un mes que me he visto obligado á separarme de vos?

Duq. Sabed que Victor, con el cual yo fuí un tierno padre, y á quien amo tanto como á mi hija, ayuda tambien á darme pesadumbres.... El, que las debia dulcificar.

Delau. ¿Y que teneis que reprocharle?

Duq. Yo puedo confiaros mis temores á vos

que sois su amigo; á vos, cuyos consejos pueden serle necesarios. Despues de un mes que Maria se halla aqui resignada llamando la muerte, Victor no es conocido. Siempre sombrío, pensativo.... parece insensible á los sufrimientos de aquella á quien amaba.... segun decia, mas que á su vida. Una siniestra preocupacion parece arrancarle al dolor que deberia abismarle. Parece que la inquietud que le carcome no tiene relacion alguna con el fin próximo de mi hija.... En fin; yo no le conozco.

Dela. Permitidme señor, Duque, que no crea en vuestras aprensiones. El corazon de mi amigo le conozco bien y....

Duq. Aun no es este todo: si yo hubiera de dar fe á ciertas voces, y algunas palabras que se le han escapado, su conducta lejos de ser tan irrepreensible como se esfuerza á hacerme creer, merece la reprobacion de las personas mas justificadas.

Dela. Oh! cuando mas, alguna calaverada de jóven!

Duq. Mas que eso señor.... Hablan de acreedores.

Dela. Y quien no los tiene?

Duq. Empréstitos con usura.... nombran un cierto Delaunay!...

Dela. Delaunay!

Duq. Puede ser que vos le conozcais.

Dela. Esperad.... Delaunay! (pensativo.)

Duq. Un miserable.... terror de las familias.

Dela. Si, un agente de negocios segun creo.... sagaz.... que no tiene profesion conocida, y se mezcla en todo.

Duq. Excepto en ser hombre honrado. Es ,
ese mismo.... ¿ Vos le conoceis ?

Delau. ¡ Oh ! un poco.

Duq. Yo os felicito,

Delau. Gracias.

Duq. Cuando estoy próximo á perder á mi
hija.... ¿ me será preciso llorar una nueva
calamidad ? Me seria preciso dejar de que-
rer á aquel de quien tengo derecho á es-
perar algun consuelo ?

Delau. Creedme, señor Daque; no hay mo-
tivo paro que os alarmeis contra Victor.

Duq. Yo lo espero.

Delau. En cuanto á ese Delaunay , no me-
rece un juicio tan severo : tal vez vale mas
que su reputacion.

Duq. Si vos lo defendeis caballero , creeré
que me han engañado en sus informes.

Delau. Sobre todos los puntos.... no.... sus
principios en moral , son tal vez un poco
bajos.... su conciencia algo elástica.... pero
hay circunstancias, señor Duque, en que el
hombre menos escrupuloso , piensa , se de-
tiene y retrocede á la vista de un mal que
va á causar. Yo creo que ese Delaunay....
ese miserable , es del número de esos hom-
bres.

Duq. Que ruido es ese ? (Ruido dentro.)

ESCENA II.

DICHOS y ARTUR, Criados.

Art. Maria ! Es preciso que yo la vea , si;
es preciso.... Tambien (atropellando d los

criados que le impiden la entrada) vos aqui! ¡Es el cielo, ó el infierno, el que os pone (dice esto y lo anterior por Delau-nay) siempre delante para impedir mis paseos? Pretendeis vos substraer á Maria á mi desesperacion.... como habeis substraido á mi venganza á Victor de Sirvall?... ¡Ah! si os atrevierais.... (Va á lanzarse sobre él, y cae sin fuerzas sobre un sofá.)

Delau. A Dios, señor Duque. No nos alejemos mucho de la casa. (aparte.) (Vase.)

Duq. Salid. (á los criados.)

ESCENA III.

ARTUR y el DUQUE.

Art. Donde estoy! (volviendo en si.)

Duq. En un sitio donde nunca deberiais estar.

Art. En vuestra casa!

Duq. En este mismo aposento donde no hace un mes queriais con vanas protestas hacerme creer vuestro reconocimiento y sumisión.

Art. Estoy en vuestra casa! Pero quien me trajo entonces? ¿Cual potencia ha podido obligarme á quebrantar mi juramento, y á pisar con osadia el suelo de esta casa, de donde mi destino me habia desterrado? ah! Si.... Ya me acuerdo.... La fiebre... El delirio! ¡Perdon Señor! Perdon. (marchándose.)

Duq. Donde vais?

Art. Que sé yo... La razon y la voluntad me han abandonado ya hace mucho tiempo.

Duq. Delirais?

Art. Ah! Si : ¿no es verdad? Yo soy un insensato!... Pobre simple! dirán todos!... Los unos con lágrimas de piedad!... Otros con una sonrisa de desprecio! Y esas lágrimas y sonrisa, dejaran de existir con la muerte de este infeliz demente...; Oh! creedme señor; sufro mucho!... Yo pagué bien caro un instante de felicidad! Fiel á la voz del honor conduje á Maria á vuestra casa. Maria! ; El alma de mi existencia!... ! De quien nunca debí separarme mas... La puerta de esta casa se cerró para mí... Esta casa! que un tiempo fué mí universo.... mi vida.... mi todo.... En la noche, mi vista fija sobre sus ventanas, seguia con ansiedad la sombra vacilante que se dejaba ver al traves de los vidrios... Era ella! Era Maria! Yo entonces quedaba inmóvil... temblando ver desaparecer mis sueños de felicidad... Al llegar el siguiente dia, mí ajetacion... mí delirio era sin límites! Rogaba á todos los criados que salian de casa.... preguntaba.... por oír solamente pronunciar el nombre de Maria!... Si yo sufro, decia entre mí.... ella tal vez será feliz! Cuando esta mañana esperaba, como siempre, en el mismo sitio, al fin, salen... Pregunto... Un melancólico silencio fué la sola respuesta. ellos volvian la cabeza. Yo rogué, yo supliqué... y de su boca salieron estas palabras. Ella muere! Quien... Gran Dios! Quien!.... Maria! ; Oh dolor! Quiero hacer amigos

esa puerta que nos separa!... Quiero morir bañándola con mis lágrimas!... Los criados me rechazan:... yo resisto... me refiran.. Me desasí de las manos que me detenian... me arrojo atropelladamente á los que se oponen á mi paso... alfin llego aquí, y os digo que pues Maria padece, yo quiero tener parte en sus tormentos.

Duq. Y quien los ha causado? quien ha querido su desgracia y la mia?

Art. Vuestra desgracia! Ah! Señor Duque! Que decís? yo que veia á mi padre en el de Maria... que sonreia á mis pensamientos y me animaba á teneros cariño... Me llamaba apoyo de vuestra vejez! Yo que me hallaba orgulloso de este título por que el me haria á acreedor un dia á vuestra afición y cariño... y veo que evitais mis miradas... y vuestrlos brazos me rechazan. (*El Duque arrastrado de su emocion se precipita en sus brazos, pausa.*)

Art. Que haceis señor Duque? (volviendo en su acuerdo y desasiéndose.) Si llegasen...

Duq. Y que me importa?

Art. Que importa! Soy hijo de el (*llorando*) ajusticiado Francisco Distrard.

Duq. Fatal secreto! ¿ Porque no ha muerto en mi? ¿ Por que no tengo yo bastante fuerza para despreciar la opinion de el mundo de que somos esclavos? Las revoluciones suceden, las naciones se combaten, y en este choque, muchos abusos caen, muchos errores desaparecen; pero todos para volver á renacer. Libres de la tempestad que pasó sobre la Francia, y destrozados nues-

tres antiguos blasones, nos vimos obligados los nobles á confundirnos en el pueblo, por que este pueblo se hizo Rey... Nos dijimos: Nada de preocupacion. Y á nuestro pesar la preocupacion veneedora nos persigue en todas partes... El crimen, no es hereditario; mas la sociedad pasando al lado de la ley, arroja la mancha á aquel que se halla mas próximo al cadalso... Este es motivo de causar yo la desesperacion en el alma de mi hija!.. Esta es la razon por que yo te rechazé de mi familia.... A ti! Que eres amado de mi corazon, noble y digno á mis ojos.

Art. Ya os comprendo, Señor Duque: despues de una confesion tal, no espereis de mi parte queja alguna. El mundo, es nuestro enemigo comun; enemigo poderoso que vos respetais, y yo estoy cansado de combatir. Rendido en la lucha que he sentido, apenas me queda fuerza: pero la que me resta quiero consagrarlæ asegurándome vuestra estimacion. Hoy mismo parto, y dejo á Paris.

Duq. Debeis hacerlo asi.

Art. El tiempo y la ausencia sirven de alivio á muchos pesares: puede ser que perdiendo la esperanza de unirnos, vuelva Maria á la calma que perdió. Mas antes de alejarme para jamás volver, una gracia, una sola.

Duq. Hablad.

Art. Permitidme que yo la vea: que yo reciba de lejos... Oh! de muy lejos un postre á Dios: yo os lo suplico, (*El Duque despues de haber reflexionado se acerca al*

cuarto de Maria y abre la puerta.)

Art. Maria!

Duq. Silencio! (Cerrando la puerta.)

Art. Salgamos! ah! salgamos! No podria ser dueño de mi delirio. Es imposible el alejarme.... Conducidme, señor, conducidme. Maria á Dios! A Dios para siempre.

(Vase.)

ESCENA IV.

El Duque y una CAMARERA que sale del cuarto de MARIA.

Duq. Y bien.... Qué es? (Volviendo d la escena, y yendo á preguntar d la Camarera.)

Cam. El señor doctor Morand, me hace prevenir al señor Duque que los médicos llamados para la consulta, han llegado....

(Vase.)

Duq. En fin! (Victor entrando por el fondo.)

Vic. Y bien tio mio! Maria!...

Duq. Mañana tal vez tendremos que llorar sobre su tumba. (vase al cuarto de su hija.)

ESCENA V.

VICTOR y despues Delaunay.

Vic. Su tumba! Y qué?... una lágrima, ó un suspiro para ella?... De la cual no reci-

bí sino vergüenza y humillacion? Para ella, que ha destruido mis esperanzas, y me ha sacrificado á un indigno rival? Pero yo hallaré remedio á todo eso. Los títulos y la fortuna del Duque de Estein, no pasará á un estraño; sino á mi. ¡Oh! que magnífico porvenir! Entonces no mas recelos, no mas tormentos.... no mas acreedores codiciosos é intratables.... no mas Delaunay.

(Sale Delaunay que ha estado escuchando.)

Dela. Puede ser.

Vic. Vos!

Dela. Yo.

Vic. Aun vos!

Dela. Siempre yo.

Vic. Qué os conduce aquí?

Dela. Mi confianza en vuestra probidad.

Vic. Señor!...

Dela. Os he ofendido?

Vic. Señor! (muy irritado.)

Dela. Nada de ruido, yo os lo ruego.... Vos sois muy vivo.... Ya os dije, marques de Sirvall que no estábamos pagados.... y vos teneis con la gente cierto modo de explicaros....

Vic. Qué quereis decir?

Dela. Que no olvidé nada de nuestra entrevista: yo no reproché vuestra cólera, y había lucha entre nosotros, lucha decisiva. Yo era el mas débil, y vos el mas fuerte. Pero vos vencedor generoso, pensaba que os contentariais con la gloria del triufo, y no queriais enriqueceros con los despojos de el vencido.

Vic. Yo hice, lo que debia hacer.

Delau. Segun eso, parece que vos no debeis nada.

Vic. Esa cartera! Esa abominable letra de cambio!...

Delau. Quemada.... aniquilada.... ¿no es verdad? De ese modo, nada tengo que exigir de vos segun la ley.... mas despues.... la conciencia....

Vic. Si; que á vos os ha atormentado siempre su grito.

Delau. ¡Oh! pero vos siendo tan rico....

Vic. Qué.... os chanceais?

Delau. No, no. Hablemos con formalidad; hablemos de negocios. Aquel que fué el origen del título.... en virtud del qual, os encontrais mi deudor.... ese título.... no era nada menos que una propiedad: nadie tenía el derecho de destruirlo, ni por violencia, ni estratagema.... Es un robo.

Vic. Ah!... (indicando que calle.)

Delau. Nosotros hablamos de negocios; y en los de esta especie, la franqueza es muy necesaria.... Y este asunto bien arreglado.... Como vos no sois, ni quereis ser un estafador, ni yo un mentecato, lo que yo os propongo es un arreglo justo y leal.... El pacto del vencido, con el vencedor. Vos me debeis segun nuestros tratos, trescientos mil francos.... Dadme doscientos mil y estamos pagados.

Vic. Es una chanza.

Delau. Vos reusais? bien: bien, cincuenta mil escudos.

Vic. Ah! es que el usurero pide ahora limosna?

Delau. No es sino el hombre cobardemente despojado, que pide al instante lo que le deben.... Los cincuenta mil francos.... dinero contante que os presté.

Vic. Lo pensaré mas tarde.

Delau. Hoy mismo, señor marques; en este momento, ó mañana publico que sois un falsario y un infame. Aqui teneis vuestras letras de cambio.

Vic. Gran Dios!

Delau. Insensato.... que me creyó tan necio como él. No adivinó que esa cartera que tanto miedo le causaba se hallaba vacia, sin encerrar mi tesoro!.... Y yo que le tuve lástima!... yo que me arrepentía del rigor de mi procedimiento.... yo que recorri á su honor, á fin de ver lo que podia esperar de él. Ah! soy el usurero que pide la limosna? Si; la limosna de trescientos mil francos.... porque los necesito.... lo entendéis? los trescientos mil francos.

Vic. ¡Por piedad!

Delau. Pálido y temblando! Que sea enhorabuena! Vamos, volved en vos, y escuchadme. ¿Como están vuestrós negocios? Sereis vos el heredero.... ó el yerno del Duque, que es absolutamente lo mismo para vos y para mi?

Vic. Yo no sé: mi prima está moribunda... Desesperan de su vida!...

Delau. ¡Oh! poco me importa. Mis medidas están tomadas. Si vos os casais, percibo: si vos heredais, percibo lo mismo: no por vos pero por vuestro tio: en fin, yo, percibiré de todas maneras.

Vic. Mi tio!

Delau. Por trescientos mil francos; yo creo que no será vender muy caro al señor duque el honor de su familia.

Vic. Y si mi tio reusa!...

Delau. El tribunal superior está ahí.... Crimen de falsario en firmas.... diez años de presidio.... Artículo del código penal.

Vic. ¡Oh! no lo esperes: yo escaparé á la suerte que me prepara tu venganza. Como en otro tiempo confiaste tu, á tu puñal la salvaguardia de la cartera que contenía tu tesoro, yo después de tu primer amenaza, tengo fiado á este veneno la conservación de mi honor.

Delau. Veneno! Como es eso? Este es un rasgo propio de un Mitrídates del siglo medio.... del romanticismo puro.

Vic. Silencio.... alguien viene.

Delau. Vuestra tio: yo no lo volveré á ver, sino en caso necesario. Yo entro ahí.... (designando la puerta de la izquierda.) Acordeos que os espero.... (vase.)

ESCENA VI.

VICTOR, el DUQUE, después el Doctor.

Duq. Nada, nada.... (sale precipitadamente sin ver á Victor: se sienta.) Ni siquiera una palabra de consuelo, ellos estaban allí mudos, inmóviles al lado de su lecho de dolor, consultándose con los ojos, y pensamientos cual si temiesen comprenderse. Y bien, y bien, Señor; (al Doctor que

sale) ¿el cielo tendrá piedad de este pa-
dre? puedo yo esperar que mi hija?... Mas
que veo? Lágrimas corren de vuestros
ojos!

Doc. El parecer de los médicos que acaban de alejarse, es en todo conforme al mio. Señor Duque, el mal tiene su origen en el alma, y nuestros socorros son ineficaces contra las afecciones de el alma. Vuestra hija muere porque ella se empeña en morir.

Duc. Cruel hija! *según si sisim! sisim!*
Doc. Padre aun mas cruel! En vos solo, en vos consiste su salvacion,... y vos debeis salvarla.

Duq. Pero el mundo!...
Doc. ¿Y qué es el mundo y sus preocupaciones, en presencia de una tumba próxima á abrirse? Mañana os arrepentireis de vuestra obstinacion... por la que habreis asesinado á vuestra hija.

Duq. ¡Ah! (pausa, *Victor* está escuchando desde que salió el Doctor.)
Doc. El médico, habla: el amigo tiembla y espera.... (Silencio.)

Vic. Qué resolverá?
Doc. Ahi está, decidid: (conduciendo al Duque al aposento de Maria y entreabre la puerta. Y el duque con exaltacion va al escritorio y llama con la campanilla á un criado.)

Duq. Ah! que ella viva. El caballo al Tilvuri: csa carta (al criado) para el señor Arthur. Que venga al instante; corred: despedrad las calles.... (El criado toma la carta y vase.)

Doc. Bien, bien señor Duque, (porque abatido se ha dejado caer en el sofá) cuantos pesares y lágrimas acabais de evitaros!...

Vos habeis hecho vuestro deber.... yo vuelvo donde me llama el mio. (vase.)

ESCENA VII.

El Duque y Victor.

Vic. Maria! Maria la muger de Artur! Tio mio, yo apelo á esa amistad de padre que vos me habeis prodigado. Yo recurro á diez años de promesas, y me creo con derecho de reclamar la ejecucion. Yo apelo á los recuerdos de mi madre... des vuestra hermana. Revocad mi.... sentencia... por que es mi sentencia la que acabais de pronunciar.

Duq. Quereis vos que ella muera!

Vic. Pero yo tio mio!

Duq. Basta: O habeis perdido la razon, ó no tenéis alma. Que! cuando yo Duque de Estein, teniente general, y par del reino... Que el solo pensamiento de una baja alianza me hace sonrosar.... Cuando yo me abandono desesperado al solo recurso que me queda... Sois vos el que está á mis pies suplicándome que mate á mi hija... Sois vos cuya conducta está dictada por el honor? Vos el que viene á decirme con lágrimas en los ojos.. ceded, tio mio, ceded: aun que yo sea desgraciado al menos que ella viva. Ah! Victor! tiemblo de adivinar!

Vic. Que quereis decir?

Duq. Que os he observado muy bien: tran-

quilo á la vista de los sufrimientos de mi hija, debeis friamente verla morir! porque vos no la amais ni la amasteis jamas.

Vic. Que, vos dudais?

Duq. Pues bien... callad... si os es cara mi amistad; imitadme y resignaos noblemente á lo que una necesidad cruel nos impone á los dos. (vase al cuarto de Maria.)

ESCENA VIII.

VICTOR y DELAUNAY que sale. Despues JOSE y ARTUR luego el DUQUE y MARIA.

Delau. Y bien señor Marques?

Vic. Lo habeis escuchado?

Delau. Todo... (en acto de salir.)

Vic. Que vais hacer?

Delau. Y lo preguntais? dirigirme á vuestro tio.

Vic. Deteneos: ya es demasiado. Salgamos Caballero, vuestra vida ó la mia.

Delau. Un duelo!... No me parece buena especulacion. Tened entendido que ahora no nos hallamos solos, ni en este aposento aislado. Al menor movimiento vuestro... (se dispone a entrar.)

Vic. Ah! por favor deteneos.

Delau. Casaros, ó heredar. Ya os dije que si Artur se casaba, perdiais dote y herencia: no me queda pues otro recurso, que acudir á vuestro Tio.

Vic. Mi tio!

Delau. Hay acaso otro medio de cobrar mi letra?

Vic. Oh! no, no, tan pronto ¿Que sucede? (atraviesa la camarera)

Cam. ¡Oh! nada de peligro para la señorita Maria. A la inesperada nueva de su proxima felicidad... Pero perdonad, señor, corro á buscar... (vase.)

Delau. La rodean vuestro Tio y el Doctor: reina el mayor desorden... (pausa mirando)

Vic. Casárse ó heredarla ha dicho! (reflexionando) Heredar! Oh! Que horrible pensamiento! No... huyamos... de este sitio... (se oye ruido de caruage.) El Tilvuri... un hombro se apea... ¡Artur! (mirando.)

Delau. El mismo.... (mirando.)

Vic. Artur! Para él la fortuna, el regocijo.... Para mi, el deshonor y la miseria.... Y será? No; mil veces no. Mi cabeza se arde: mi razon se trastorna y estravia.... y hasta la vista se me ofusca.... Quiero huir, y las fuerzas me abandonan. Estoy luchando con el pensamiento horroroso que me domina. ¿Que hacer? El llega, ya se acerca, dame, dame, (á la Camarera que sale con el vaso) servido por mi mano. (manifestando al público echar el veneno en el vaso.) ¡Oh! El infierno es quien me inspira. (vase.)

ESCENA IX.

DELAUNAY inmóvil. ARTUR introducido por JOSE; despues el DUQUE.

Art. Esta carta! Maria próxima á morir. Maria! á quien mi presencia pueda volver-

le la vida! Oh! bien, bien, condúceme á su lado. Yo quiero verla: que yo respire su aire y despues morir.

Duq. Deteneos Artur.

Art. Que me detenga cuando Maria me llama.... cuando Maria muere.... cuando vos mismo....

Duq. Si; consiento en llamaros mi hijo. Sin embargo, el júbilo repentino la ha causado tal desorden, que temo más que nunca por su vida. Una bebida ordenada por el médico iba á calmarla; mas oye vuestro nombre y de nuevo desfallece; retorna en fin, y arroja iracunda la bebida: ella os llama.... delira.... Y comparecer á su ojos....

ESCENA X.

DICHOS, MARIA Y TODOS.

Maria. Artur! Artur! dejadme.... Mi querido Artur! ah! esposo mio! (*Cae sin sentido en el sofá y todos la socorren menos Victor y Delaunay.*)

Duq. Mi hija, Artur!

Vic. Ya es hecho. Como temblaba mi mano.... Yo ví á su padre obligarla á tomar la bebida: si, si: yo ví todo eso, y despues.... no vi nada.... Una nube de sangre se fijó ante mis ojos que me llenó de horror.

Duq. Hija mia, vuelve en tí....

Art. Querida Maria!

Vic. Ah! sois vos, Delaunay!

Duq. ¡Delaunay! Como! ese hombre infa-

me en esta casa , y bajo el nombre de el honrado Alfredo.

Vic. No os lo dije ? Casarse ó heredar ? pues bien , heredo. No digais á nadie què soy un falsario , no. Yo os pagaré vuestrs tres-cientos mil francos.

Duq. Trescientos mil francos !

Delau. Señor !

Duq. Ah ! Huid , huid de mi presencia. El Duque de Estein satisfará esa deada.

Vic. Ah ! eres tu , Disnard , que sin duda vienes en busca de Maria ? Si ; toma su mano.... pero en vez de una esposa , mi odio solo te deja un cadáver.

Duq. Desgraciado !

Vic. Oh ! Esto es un sueño ! (viendo á Maria que vuelve en si y se levanta) Gran Dios ! ¿No ha muerto ? No fué por mi envenenada ?

Todos. Envenenada ?

Vic. Si ; yo quise su muerte.... soy su asesino , un falsario. Dadme , dadme la muerte presto ; ó yo por mi mano.... (vase con Delaunay y los criados.)

Duq. Evitad si es posible (á uno de los criados) que ese miserable cometá un nuevo crimen.... (al partir el criado tiros dentro.)

Maria. Ah !

Duq. Ya es tarde : desgraciado Victor !

Art. El cielo , padre mio ha permitido este triunfo sobre el malvado. Ella oyó mi nombre , ella arrojó la bebida , y ella por fin , se salva evitando otro crimen que recordaría tambien la plaza de Gréve.

Duq. De el primero , amado Artur , he aquí

la indemnizaci

Art. Qué veo!

Maria. Querido padre!

Duq. Hija mia!

Art. Heredero de vuestro nombre!
bienhechor.... (arrodillándose.)

Maria. Amado Artur!

Duq. Esta es la dote de mi hija. Ojalá que
haga tu felicidad y la de Maria!

FIN.

Drama nuevo.

EL HIJO DE LA LOCA , drama
en cinco actos, por Federico Sou-
lié : Se hallará en las mismas li-
brerias donde se halle esta.